

MEMORIA

Jeanne Silverred

Manuela Sánchez de la Encina tiene ochenta y tres años. Durante toda su vida ha sido una fiel defensora de los Derechos Humanos y en especial, el derecho de cada persona a tener una identidad. No, no se refiere al derecho a tener un número que lo identifique con su nombre y apellidos, se refiere a que cada persona pueda vivir su vida de la manera que quiera sin molestar a nadie. Si en su identidad viene implícito ser raro, que lo sea. Si es homosexual, que lo sea. Nada que no haga daño debe ser criticado en lo referente a la identidad de una persona, porque puede que hoy seas tú el que critiques, pero que mañana sea a ti al que le lluevan los insultos, las miradas desaprobadoras que parecen decir “Míralo, ¡y no le da vergüenza!” Y ojalá todo se quedara en eso, pero no. La gente que se opone a la libertad de identidad no se suele conformar con insultar un poco a esos enviados del demonio, sino que se empeñan en limitar su libertad y reprimen su identidad con absurdas leyes que no benefician a sociedad alguna, ¡y menos mal! Imaginaos que toda esa gente anduviese por ahí reivindicando su identidad a los cuatro vientos. Llegaría lo que algunos han denominado “el castigo de dios”. Sí, han leído bien. ¿Se dan cuenta de todos los problemas que hay en el mundo? Bien, pues todo ha sido un castigo de dios por no controlar debidamente a esos sinvergüenzas. ¿Las guerras? Castigo de dios. ¿La crisis? Castigo de dios. ¿El mal tiempo? Castigo de dios. ¿El aumento de los suicidios? Castigo de d... ah, no, que a dios no le gustan los suicidas. Bueno, todo es culpa de la gente que reivindica su identidad, sea lo que sea ese todo.

Sin embargo, nuestra querida Manuela siempre ha defendido a esos pobres sinvergüenzas. Para ella poder tener una identidad y poder ejercerla con libertad, eran cosas casi tan importantes como respirar.

En su juventud se metió en más de un lío por ello, pero nunca se arrepintió. Defendió con uñas y dientes ese derecho porque algunos, lo que ellos mismos eran, era lo único que tenían. Y cuando no te permiten ser quien eres, ¿qué te queda? Esa era la pregunta que se hacía Manuela todos y cada uno de los días durante dos años, mientras estaba en la cárcel por su lucha, lo hacía para darse fuerzas, para recordarse lo que estaba defendiendo. Enseñó muchas cosas a su hija Natalia, pero era ese valor de lo que más orgullosa se sentía. La enseñó a no avergonzarse de ser ella misma y a no dejar de serlo nunca, sin importarle esos “qué dirán” tan molestos e impertinentes y tan temidos por tanta gente.

Manuela había sido la alegría de su barrio durante toda la vida, no había ni un solo vecino que no la conociese. Todo el mundo la saludaba al pasar y le dedicaba la más cálida de sus sonrisas. Incluso la llamaban “la defensora de causas perdidas”, porque allí donde había una injusticia se presentaba Manuela a exponer su argumentación en contra.

Cuando un vecino le preguntó si había merecido la pena sacrificar dos años de libertad cuando ya tenía una hija de la que cuidar, ella respondió muy tranquilamente “mi hija tenía a toda la familia para cuidarla bien mientras yo no estaba, pero allí

encerrada ejercí de madre de algo mucho más grande: la libertad". Aquel vecino jamás olvidaría esas palabras, quedarían grabadas en su memoria hasta el día de su muerte porque le cambiaron la forma de ver la vida.

Manuela vivía ahora en una residencia de ancianos, sentada en una silla de ruedas miraba por el ventanal que daba al jardín cómo las últimas hojas del otoño caían al suelo con destellos rojizos y amarronados, síntoma de una vida gastada, mientras los rayos anaranjados del atardecer bañaban la estancia. De fondo, una voz de mujer sonaba como un eco lejano, le estaba contando que su hijo Rodrigo había conseguido entrar en la facultad de medicina y lo orgullosa que estaba de él. Pero, ¿por qué se lo contaba? Ella no la conocía.

-Hola guapa, ¿quién eres?- Preguntó Manuela con suavidad.

La mujer hizo un gesto de dolor y dejó escapar una lágrima amarga de sus ojos cansados- Soy yo, mamá. Natalia.

Manuela, que tanto había luchado por la identidad de las personas, se había quedado sin la suya propia sin que nadie se la arrebatara y sin que pudiese hacer nada para remediarlo.